

LA REVOLUCION NICARAGÜENSE: LA ANTIGUA Y LA NUEVA GUERRILLA DE AMERICA LATINA

Peter Waldmann
Universität Augsburg

Resumen

La revolución nicaragüense: la antigua y la nueva guerrilla de América latina. Se formulan algunas conclusiones generales sobre el fracaso o éxito de los movimientos guerrilleros en América latina, a la luz de la experiencia nicaragüense. La discusión de dos casos en que la guerrilla fracasa, Venezuela y Argentina, permite reducir el amplio abanico de causas a algunas variables del triunfo sandinista.

Las vinculaciones diplomáticas, económicas y culturales entre Costa Rica y la Unión Soviética: un bajo perfil.

Se pasa revista a 40 años de relaciones diplomáticas entre Costa Rica y la Unión Soviética. Dichas relaciones se caracterizan como de "bajo perfil". Se especifican circunstancias que no hacen esperar una modificación futura en ellas, a pesar de algunos factores de roce, como la actual crisis centroamericana.

Abstract

The Nicaraguan revolution: Latin American guerrillas, old and new. The article contains general conclusions concerning the failure or success of guerrilla movements in Latin America, in the light of the Nicaraguan experience. Discussion of two cases in which the guerrillas failed, Venezuela and Argentina, makes it possible to reduce the wide range of causes to certain key variables. The last section examines the Central American situation after the triumph of the Sandinistas.

Las causas de la caída de la dictadura de Somoza ya han sido analizadas repetidas veces, de manera que, gracias a ello, nos parece posible sacar algunas conclusiones generales del fracaso o éxito de los movimientos guerrilleros latinoamericanos. La primera parte resume las principales condiciones del derrumbamiento del régimen somocista. El amplio abanico de causas que allí mencionaremos será reducido, en la segunda parte, a algunas variables clave mediante la discusión crítica de dos intentos de guerrilla que fracasaron (en Venezuela y la Argentina). La tercera parte trata la cuestión del cambio de importancia político-militar de la guerrilla desde el triunfo de los sandinistas (julio de 1979), poniendo especial atención en el proceso que se desarrolla en El Salvador y Guatemala.

CAUSAS DEL EXITO DE LA REVOLUCION NICARAGUENSE

Guiándonos por una clasificación que remonta a H. Eckstein (1972: 18), diferenciamos entre las

condiciones estructurales del éxito revolucionario y las que están ligadas a los actores. No es siempre simple separarlas claramente, pero tampoco es fácil confundirlas. Hay una tercera categoría que nosotros llamaremos "condiciones operacionales". Se trata de circunstancias que influyeron de manera determinante en el desarrollo del conflicto, sin que se pueda decir, sin embargo, que hayan sido "conditio sine qua non" de la victoria sandinista.

CONDICIONES ESTRUCTURALES

Al investigar las causas de la revolución nicaragüense, varios actores han señalado, con razón, las particularidades de la historia de este país que surgió, en el siglo XIX y a principios del XX, varias invasiones de tropas norteamericanas debido a su situación estratégica clave dentro de América Central (por ejemplo, en lo relacionado con la construcción de otro canal). La experiencia, larga en años, de la ocupación de su territorio explicaría por qué existe en el pueblo nicaragüense la tradi-

ción viva del esfuerzo tenaz e intransigente de resistir al imperialismo norteamericano para preservar la independencia nacional (D. Polo—Cheva, E. Süssdorf 1980: 21). En el centro de esta tradición se encuentra *Augusto César Sandino*, aquel famoso jefe guerrillero que, junto con sus partidarios, no descansó, durante la última intervención norteamericana (1927—1933), hasta echar del país a los soldados extranjeros. Durante la década del 70, cuanto se reforzó la resistencia armada contra el régimen de Somoza, el nombre de Sandino se brindaba, por varios motivos, para ser utilizado como figura simbólica: primero, debido a la estrecha vinculación del general con el pueblo, siendo la mayoría de sus partidarios obreros o campesinos. Esta popularidad era favorable al objetivo de los guerrilleros que querían movilizar amplios sectores de la población. Segundo, el nacionalismo y el antiimperialismo del héroe libertador se prestaban magníficamente como base ideológica contra el régimen somocista, dado el sometimiento de éste a los EE-UU. En sus escritos teóricos sobre la guerra de guerrilla, Mao Tse—Tung (1974: 104, 137, 197) ya había señalado que con una campaña dirigida contra un enemigo externo se pueden liberar en las masas populares energías muy superiores a cuando se trata sólo de un conflicto entre las diferentes clases sociales de un país (1). Tercero, algunas de las cualidades personales de Sandino, principalmente su incorruptibilidad y probidad, hacían que contrastara favorablemente con la familia Somoza que era totalmente corrupta (este contraste se veía acentuado por el hecho de que Sandino había sido asesinado, de manera alevosa, por el fundador de la dinastía, Anastasio Somoza). Finalmente, la técnica de lucha que Sandino había desarrollado hasta la perfección en la confrontación con un enemigo superior, es decir la guerrilla, parecía, al principio, ser el único método capaz de quebrantar el poder bien establecido de los Somoza.

Otro conjunto de factores que contribuyó a la caída del régimen se podría resumir diciendo que se trata del “desmoronamiento de la legitimidad” (2). Efectivamente, la dictadura tuvo dificultades, desde los comienzos, en obtener el apoyo de la población. Esto se debía, en parte, a la mácula de su origen (resultado de un golpe de Estado) y a la desconsideración con que la familia gobernante hacía uso del poder. Pero otra de las causas era, también, la desfachatez con que utilizaba privilegios políticos a fin de obtener ventajas económicas. Este rasgo le valió el certero mote de “dictadura del enriquecimiento” con que la caracteriza H.

Jung (1980). El hecho de que, a pesar de todo, la mayoría de los nicaragüenses haya soportado la dominación de la familia durante algunas décadas se explica por la tradición de caudillismo y despotismo existente en el país, que remonta hasta bien adentro del siglo XIX (P. Waldmann 1978: 191 y s.) y, sobre todo, por la coyuntura económica favorable de los años 50 y 60, como también por cierta moderación con que los Somoza ejercieron el poder durante algún tiempo (T.W. Walker 1979: 316). La circunstancia de que el déficit de legitimidad se agravara hasta llegar al total desmoronamiento de ésta relacionada con la reacción del régimen en varias ocasiones. La primera, en el año 1972, fue el terremoto de Managua que desató una corriente mundial de ayuda económica para el país azotado por la catástrofe. El gobierno y la administración no sólo fueron incapaces de distribuir objetivamente los fondos entre los necesitados, sino que aprovecharon la calamidad pública para enriquecerse de la manera más desvergonzada, desfalcando los donativos y sacando ventaja del boom que se inició al poco tiempo en la rama de la construcción. Tanto la farsa electoral de 1974 como el estado de sitio, (junto con la restricción de varios derechos fundamentales) que fue declarado como respuesta a un espectacular atentado guerrillero (3), contribuyeron a aumentar el aislamiento del régimen. Finalmente, después de las despiadadas campañas de represión, dirigidas contra amplios sectores de la población, con las cuales la Guardia Nacional respondió a las acciones de la guerrilla y a las críticas de la oposición moderada, desapareció toda apariencia de respeto por las reglas institucionales y el régimen reveló ser puramente despótico.

A partir de mediados de la década del 70, la incapacidad de los gobernantes de seguir manteniendo el crecimiento económico necesario hizo que el barniz de legitimidad se descascarillara más rápido aún. El estancamiento de la economía que en 1978, desembocó en una *crisis económica*, es considerado, igualmente, como uno de los factores que aceleraron el derrumbamiento del régimen (D. van Eeuwen 1980: 511 y s.; H. Jung 1980: 142 y s.). De todos modos, el anterior auge económico no había sido muy sensible para las capas bajas. La orientación de los latifundios (en primer lugar productores de caña de azúcar, algodón y café) hacia la exportación había costado a numerosos campesinos la propiedad de sus tierras y generado una escasez de arroz y frijoles, los alimentos básicos. La recesión empeoró la situación. La cantidad de

desocupados se elevó vertiginosamente y el incremento de la inflación no pudo seguir siendo amortiguado por medio de aumentos salariales para la población activa. También la clase media y la gran burguesía fueron afectadas por la crisis económica que, en parte, estaba directamente relacionada con la guerra civil. Por ejemplo, los bombardeos de las tropas gubernamentales, durante la represión del levantamiento de septiembre de 1978, destruyeron nada menos que 616 comercios e hicieron que 30 fábricas dejaran de funcionar (H. Jung 1980: 143). Una intensa evasión de capital fue la consecuencia del aumento de la inseguridad económica. A pesar de los créditos otorgados, repetidamente, por las organizaciones internacionales, la deuda externa y el déficit de la balanza de pagos habían alcanzado tales dimensiones cuando la dictadura fue derrocada, que el país se encontraba, prácticamente, en quiebra.

Entre las variables estructurales que influyeron en la decadencia del régimen se encuentran, finalmente, *la escasa extensión territorial del país, su posición geográfica y el clima internacional* reinante durante los años decisivos de la ofensiva guerrillera. Las tres condiciones están relacionadas entre sí: sólo el reducido tamaño de Nicaragua y su relativo subdesarrollo había permitido que se mantuviera allí, hasta una época reciente, un tipo de dictadura familiar que, hoy día, es inimaginable en los extensos Estados más desarrollados del Cono Sur (la Argentina, Uruguay y Chile). Y sólo porque esta dictadura, curiosa amalgama de elementos arcaicos y modernos métodos comerciales, gozaba de la evidente benevolencia de los EEUU, el desafío de la guerrilla, dirigido a la vez contra las pretensiones hegemónicas de la superpotencia del Norte, adquirió ese aspecto de lucha entre David y Goliat que, en América Latina y en amplios sectores del público europeo, atrajo a los sandinistas tantas simpatías. No hay que olvidar que el conflicto alcanzó su punto crítico durante el gobierno de Carter, cuya política de los derechos humanos rompía, por primera vez, con la tradición de la política norteamericana hacia América Latina, que siempre había utilizado las relaciones interamericanas como instrumento para preservar sus intereses económicos y de seguridad (W. Gravendorff 1971: 160 y s.). Como lo ha hecho notar un observador, desde la guerra de Vietnam ninguna lucha de liberación tuvo tanta resonancia, sobre todo en el mundo occidental, como la del pueblo nicaragüense contra el régimen despótico de los Somoza (D. Castillo 1981: 14).

CONDICIONES VINCULADAS CON LOS ACTORES

Entre los actores, cuyo comportamiento contribuyó decisivamente a la caída del régimen, hay que mencionar en primer lugar a Tachito Somoza, el último jefe del clan que gobernó. Para los rebeldes hubiera sido difícil derribar la dictadura sin los errores y las reacciones equivocadas de este personaje. No sólo provocó, sin necesidad, una crisis de legitimidad con su desmedida codicia de riqueza, sino que, al producirse aquella, fue incapaz de percatarse de su verdadera dimensión. No dio la debida importancia a la apariencia institucional y confió demasiado en el temor de una revolución comunista que tenía la oposición reformista; tuvo excesiva confianza en el control político de los medios coactivos que estaban en manos de la Guardia Nacional y subestimó la probabilidad de una insurrección popular. Se basó en el apoyo que los EEUU brindaban a su régimen, creyéndolo ilimitado, mientras la administración Carter, aunque tardamente, lo abandonaba en favor de la anhelada alternativa de un gobierno burgués reformista. En resumidas cuentas, no estuvo a la altura de las exigencias de la situación provocada por él mismo. El ciego fanatismo con que siguió intensificando el conflicto, aún después del cambio que la relación de fuerzas político-militares había experimentado en su perjuicio, pone de manifiesto su falta de perspicacia, pues era evidente que la polarización de los frentes aceleraría su aislamiento.

La Guardia Nacional era considerada garante principal de la estabilidad de la dictadura (R. Millet 1977). Debido al excelente entrenamiento que recibía y al armamento de que disponía, por un lado, y por otro, con motivo de su lealtad incondicional hacia los Somoza (al frente de ella se encontraba siempre un miembro de la familia) constituía un escudo viviente para proteger al clan gobernante. Sin embargo, no hay que pasar por alto que esta mezcla de poder político y militar acrecentó considerablemente la vulnerabilidad del régimen en su fase de decadencia. Mientras que la élite política civil de otros Estados centroamericanos puede excusarse argumentando que es, sólo limitadamente, responsable de los excesos cometidos por las fuerzas armadas, el clan Somoza, en cambio, era directamente responsable de las fanáticas y sangrientas campañas de represalias con las cuales la Guardia Nacional hacía pagar a la población por los éxitos de la guerrilla. No hay que menospreciar el efecto

estimulante que esta posibilidad de identificar claramente al enemigo tenía para movilizar los ánimos generales en favor de la rebelión.

El papel que tuvieron los EEUU y, en especial, la administración Carter durante la fase final del conflicto también debe ser analizado de manera diferenciada. Por un lado, no existe la menor duda de que el respaldo que Washington prestó al régimen, durante décadas, a causa de la postura anti-comunista de éste, aumentó considerablemente su estabilidad (W.M. Leo Grande 1979). El hecho de que el clan gobernante gozara de la confianza de la principal potencia occidental compensó muchas de sus deficiencias y puntos débiles en la opinión, sobre todo, de la clase alta y media locales (4). Por otro lado, justamente, esa actitud servil de los Somoza hacia los EEUU era la que justificaba el reproche que se les hacía de ser cómplice del imperialismo norteamericano y la que contribuyó a movilizar a la juventud patriótica (a los estudiantes principalmente) de la clase media y, también a las capas bajas contra un régimen que había traicionado los intereses nacionales. En vista de la opinión ambivalente que la población nicaragüense tenía de los EEUU, vacilamos en atribuir una importancia decisiva sobre el desenlace del conflicto a la actitud que asumió Carter a partir de 1977 y que oscilaba entre apoyar y abandonar a la dictadura. Aun cuando los EEUU no hubieran reaccionado con seis meses de atraso frente a los problemas que se presentaban en Nicaragua (W.M. Leo Grande 1977:37), es decir, si hubieran logrado ayudar a la oposición moderada a imponerse contra Tachito Somoza, no podemos excluir la posibilidad de que la revolución burguesa hubiera sido seguida por otra de carácter antiimperialista y socialista (5).

En lo referente a los *Estados latinoamericanos*, se puede decir que, preponderantemente, ejercieron una influencia tendiente a facilitar el derrocamiento del régimen, pero que ésta recién produjo efecto en la fase crítica del conflicto. Este efecto se hizo sentir en dos planos: en uno logístico-militar y otro político-simbólico. En el aspecto político-militar resultó ser provechoso para los rebeldes que los países vecinos del Sur, Costa Rica y Panamá, estuvieran a la disposición como zona de repliegue, resguardo y despliegue. No es causal que H. Bieber (1979:20) haya podido afirmar que el apoyo del gobierno de Costa Rica contribuyó más al triunfo sandinista que la ayuda de Cuba, que poco se notó. A nivel político, los insurrectos sacaron provecho de la nueva tendencia a liberarse de la sombra hegemónica de los EEUU y desarrollar

una política exterior con carácter propio, que había surgido en las potencias regionales de rango intermedio (W. Grabendorff 1982: 251). Méjico y Venezuela simpatizaban abiertamente con ellos y ésta última incluso les entregaba armas. Además, resultó favorable al prestigio internacional de los sandinistas el hecho de haber sido reconocidos diplomáticamente por Costa Rica y Méjico.

Entre los actores que desestabilizaron el régimen sobre el plano de la política interior, hay que mencionar al sector de la burguesía que no estaba vinculado con el clan Somoza. Los análisis que se han hecho de la decadencia del poder de los Somoza, señalan siempre la importancia clave que tenía la división existente a través de las capas burguesas, (a título representativo, D. Boris 1983: 282). Al mismo tiempo, todos están de acuerdo en que, poco más de un año antes de la renuncia de T. Somoza, la principal iniciativa y la fuerza movilizadora de la resistencia contra la dictadura no provenía de los guerrilleros sino de la oposición reformista burguesa. El hecho que ésta se volviera con ímpetu cada vez mayor contra el régimen se debía, entre otras cosas, al ya mencionado terremoto de 1972. Mientras que, hasta aquella época, la familia gobernante había aceptado la repartición informal de las prebendas económicas, a partir de entonces extendió su imperio económico hasta cubrir las "zonas reservadas" a los demás grupos de la burguesía (por ejemplo: el sector de la construcción y el bancario). La corrupción y la malversación de fondos fiscales, métodos usuales de los Somoza para enriquecerse, alcanzaron dimensiones tales que anulaban todas las reglas de la competencia económica y terminaron por imposibilitar todo cálculo y planeamiento racional (D. Polo Cheva, E. Süsdorf 1980: 27). Si, además, tenemos en cuenta que, a partir de 1974, T. Somoza hacía cada vez menos caso, en el ejercicio del poder, a las trabas institucionales que restaban, es fácil llegar a la conclusión de que la alianza de intereses formada por la burguesía y los Somoza, que tantos años se había mantenido, terminaría por romperse porque el último jefe de gobierno, T. Somoza, no estaba dispuesto a respetar determinadas reivindicaciones mínimas que tenían los grupos burgueses respecto de su seguridad económica y jurídica.

El cambio de actitud de una parte de la burguesía, que pasó de la cooperación o de la oposición leal al sistema a ponerlo abiertamente en tela de juicio, empujó, también, a las capas medias dependientes (empleados, funcionarios, etc.) y a las profesiones liberales a declararse contrarias al régimen.

En cambio, las razones que impulsaron a la Iglesia, que largos años había mantenido hacia la dictadura una neutralidad benevolente, a cambiar de tono y a adoptar otro, más y más crítico, eran independientes de esas tendencias generales. El clero estaba indignado debido a la brutal actuación que había tenido la Guardia Nacional contra la población luego del eficaz golpe guerrillero de diciembre de 1974. La enérgica protesta de la Iglesia contra la constante violación de los derechos humanos fue tanto más importante al no haber sido pronunciada únicamente por el clero de baja jerarquía. También, obispos acusaron al régimen de haber torturado y muerto incontables inocentes, exhortándolo a comportarse más moderadamente (Latin American Bureau 1979: 24 y s.).

En Nicaragua entró en escena un actor que, a pesar de ser considerado protagonista de los levantamientos revolucionarios, en América Latina se limita, en realidad, al papel de figurante cuando se produce un cambio de gobierno: *el pueblo*. Como refiere H. Ortega (1980: 11), uno de los jefes sandinistas, los mismos guerrilleros estaban sorprendidos de la energía y espontaneidad con que la población, en particular la juventud de las capas bajas urbanas, se levantó contra el yugo de la dictadura. Al pueblo le habían reservado, originalmente, una función auxiliar, mientras que ellos, la vanguardia armada, pensaban cargar con el peso principal. Cuando se dieron cuenta de que las olas de furor popular subían cada vez más alto, decidieron tomar otras disposiciones. Para no permitir que las iras populares se esfumaran sin efecto y para darles una orientación determinada, decidieron canalizarlas y enmarcarlas dentro de una organización. La indignación de las masas se abrió rumbo por primera vez cuando, después del asesinato del jefe de la oposición cívica, P. J. Chamorro, en enero de 1978, miles de personas salieron a las calles de Managua para pedir la renuncia del dictador (T.W. Walker 1979: 325). Después de eso, estalló varias veces y la más violenta fue durante el enfrentamiento final que comenzó en mayo de 1979 y terminó con la entrada de las tropas combatientes de los sandinistas en la capital que ya había sido liberada por la población. No es fácil determinar de qué modo contribuyó, finalmente, el FSLN a derrocar el régimen. Mientras que, por ejemplo, V. Bye (1982) le atribuye una importancia clave, nosotros seríamos más circunspectos al valorar su papel. No consideramos que habría estado en condiciones de llevar adelante el proceso revolucionario por su propio esfuerzo, sino que creemos que hacía de cataliza-

dor, coordinador o, utilizando una expresión corriente, de brazo armado en un cambio político que era sustentado, en primer lugar, por otros grupos sociales. Su mérito principal consistió en haber mantenido vivo, mediante sus acciones armadas, el recuerdo de la lucha de liberación de Sandino, demostrando que la dictadura era vulnerable y provocándola a reacciones que tuvieron un efecto movilizador. Por lo demás, el FSLN se distinguía apenas de los otros movimientos guerrilleros latinoamericanos, en lo que a estructura social y objetivos se refiere (Waldmann 1982: 103 y ss.). Se trataba de una organización con una reducida cantidad de miembros (hasta octubre de 1978 eran alrededor de 150, estudiantes, la mayoría) que quería suplantarse el régimen somocista por un Estado socialista (lo cual ha sido realizado, al menos parcialmente) (6). Hasta 1977, tenía tan poco arraigo popular como la mayoría de sus antecesores de otros países sudamericanos. A partir de entonces, captando un ambiente favorable al cambio, demostró poseer una notable capacidad de ponerse al frente del movimiento revolucionario y de darle nuevos impulsos en los momentos cruciales. En otras palabras: la función principal del FSLN yacía en el ámbito operacional.

CONDICIONES OPERACIONALES

Como, a menudo, en la literatura se dedica particular atención a estas condiciones (por ej.: Bye 1982), aquí podemos contentarnos con una enumeración bastante corta. Repetidas veces, se ha hecho resaltar que la potencia combativa de las asociaciones guerrilleras aumentó considerablemente cuando se *fusionaron y se pusieron a las órdenes de un solo mando conjunto* (marzo de 1979). Esta fusión sólo fue posible porque cada una de las "tendencias" aceptó reducir su programa político e ideológico. Esa receptividad táctica era un rasgo que distinguía a los sandinistas de las demás organizaciones guerrilleras que les precedieron y los capacitaba para buscar *alianzas con fuerzas moderadas de tendencias reformista*, tanto dentro de Nicaragua como sobre el plano internacional. A nivel internacional pudieron conseguir el apoyo de grupos socialdemócratas (por ejemplo: el de los partidos socialdemócratas de Europa occidental y de la Internacional Socialista), mientras que, en el interior del país, hizo crecer su prestigio el hecho de que "el Grupo de los 12", una comisión de notables que presentó, en 1977, un manifiesto antiso-

mocista, confirmara su respetabilidad política. Así como supieron subordinar sus convicciones ideológicas a objetivos políticos inmediatos, en lo concerniente al proceder militar no tenían un concepto fijo e invariable. Ya hemos señalado que, al darse cuenta de que las masas populares estaban dispuestas a sublevarse, modificaron la idea original según la cual habría sido posible eliminar la tiranía de los Somoza por medio de una victoria militar al estilo clásico. Aunque recién emprendida a partir de fines de 1977 y comienzos de 1978, la tarea de preparar a la población para que estuviera en condiciones de actuar en la confrontación que se avecinaba (de organizarla en comités vecinales, en asociaciones estudiantiles, femeninas y obreras o de infiltrar organizaciones existentes) fue tan eficientemente realizada que Bye (1982: 6 y ss.) afirma que la revolución nicaragüense es el primer caso latinoamericano del que se podría decir que es una *acabada combinación entre guerrilla y movilización de masas*.

En términos generales, es posible caracterizar la manera de proceder de los sandinistas señalando que *no tenían confianza ciega en el dinamismo propio de la violencia* y que, al contrario, *eran capaces de dar coherencia política a sus acciones de guerra*.

Por ejemplo, en 1977, cuando el régimen dio muestras de querer transigir frente a la oposición burguesa (entre otras medidas, levantando el estado de sitio), reconocieron inmediatamente que corrían el peligro de quedar políticamente aislados y lo neutralizaron intensificando ataques y atentados (H. Ortega 1980: 8 y s.). Mediante ese permanente estado de alerta y ese incesante activar del conflicto, el FSLN produjo aquel crecimiento constante del movimiento de protesta y rebelión que, según Mao Tse-tung (1974: 20, 54, 55, 154 y 155), es la condición clave para el éxito de una guerra de guerrilla (7).

El hecho de que semejante crecimiento ininterrumpido fuera posible está, sin duda, relacionado con dos ventajas operacionales del movimiento revolucionario que no tenían nada que ver con los sandinistas. Una de ellas, la existencia de una zona de resguardo y de repliegue (Costa Rica), ya ha sido mencionada. Las agrupaciones guerrilleras que no tienen la posibilidad de ponerse a salvo detrás de la frontera de un país simpatizante, corren peligro, especialmente en pequeños países, de ser aplastadas por las fuerzas de seguridad. El otro factor esencial era *la claridad de los objetivos perseguidos por el movimiento revolucionario*: el derro-

camiento del clan Somoza y la expropiación de sus bienes (8); el levantamiento del estado de sitio y la restauración de los derechos fundamentales; la disolución de la Guardia Nacional y la eliminación de la corrupción. Estas exigencias eran tan claras y tan obvia su necesidad inmediata, que sobre ese tema difícilmente podía surgir una controversia, aun entre grupos de distinta orientación ideológica. En ese sentido, los movimientos guerrilleros de otros países latinoamericanos, donde el poder político no está concentrado en tan pocas manos, encuentran condiciones operacionales mucho menos favorables.

ANTERIORES MOVIMIENTOS GUERRILLEROS VISTOS A LA LUZ DE LA EXPERIENCIA NICARAGUENSE

¿Se explica la revolución nicaragüense por la existencia de una excepcional constelación de condiciones o es posible sacar de ella conclusiones más generales: Esta pregunta no se puede contestar observando, aisladamente, el caso nicaragüense, sino que es necesario compararlo con otros episodios guerrilleros, cuyo transcurso se pueda apreciar en su conjunto, es decir que, prácticamente, hayan terminado. Vamos a referirnos a dos ejemplos en los cuales los rebeldes (a diferencia de la tentativa boliviana del Che Guevara) tuvieron, al menos pasajera y, posibilidades concretas de éxito: las guerrillas de Venezuela y la Argentina. Se sobreentiende que la descripción de los movimientos revolucionarios de estos dos países no puede ser más que somera y que no pretende tener en cuenta detalles. La discusión se orienta según la clasificación de las condiciones con que contaba la guerrilla para desenvolverse y triunfar, que hemos utilizado en el caso de Nicaragua; estructurales, relacionadas con los actores y operacionales.

Venezuela

La guerrilla venezolana tuvo su origen a principios de los años 60. El apoyo logístico se lo daban, sobre todo, el Partido Comunista (PCV) y un grupo radical, disidente de la Acción Democrática (AD), un partido moderado de izquierda. En los comienzos, tuvo una rápida expansión y adquirió influencia político-militar, pero, a partir de 1964, entró en una fase de estancamiento para terminar, prácticamente, por desaparecer de la escena de 1969 (9). Para comprender las causas de su rápida

decadencia hay que detenerse, brevemente, en la situación política de Venezuela durante fines de la década del 50 y principios de la del 60. Después de la caída del dictador populista, Pérez Jiménez, (a principios de 1958) el país había vuelto a la democracia parlamentaria. Mientras que, durante la resistencia, todos los partidos habían colaborado juntos, cuando fue hora de formar el gobierno, los partidos del bloque burgués no permitieron que los comunistas participaran en él. Entonces, éstos sintiéndose despojados de los frutos de su labor subversiva, reaccionaron propagando un levantamiento general de las masas populares (Lindenberg 1968: 285). Es decir que estimularon a sus partidarios para que, tras el primer paso, el de la revolución burguesa, dieran el siguiente, el de la revolución socialista. Esta consigna halló muy buena acogida entre los estudiantes y los grupos izquierdistas de otros partidos. Efectivamente, el gobierno de Betancourt, jefe dirigente de la AD, presentaba una serie de puntos flacos: para no ofrecer a los militares un pretexto de golpe, emprendió la realización de las reformas prometidas de manera muy vacilante; en los comienzos, como consecuencia de los derroches de la dictadura, tuvo que luchar con dificultades económicas; finalmente, debido a su proceder agresivo contra la izquierda, perdió una parte de la amplia base parlamentaria de que disponía al principio y tuvo que soportar que le fuera reprochada su actitud servil frente a los EEUU (F.R. Allemann 1974: 127). Sin embargo, la situación no era comparable a la que 20 años después haría posible, en Nicaragua, el triunfo de los sandinistas, pues el gobierno impugnado por los extremistas venezolanos de izquierda no había llegado al poder por medio de la violencia, sino por elecciones democráticas. La situación inicial hubiera sido, tal vez, más propicia si la izquierda revolucionaria se hubiera alzado, ya, contra el régimen de Pérez Jiménez. El caudillo, empero, no fue derrocado por un levantamiento popular, sino por los militares. Aunque la mayoría de la población hubiera considerado injusto que, cuando se repartió el poder, en 1958, los comunistas fueran dejados de lado, pues, al fin y al cabo, su partido era, en la capital, el segundo en importancia, la indignación general no iba tan lejos como para desear un sistema político diferente. En otras palabras: no había crisis de legitimidad. El poco interés de la mayor parte de los venezolanos en poner en duda el sistema de gobierno que tenían, quedó demostrado con las elecciones del año 1963, cuando, a pesar de las amenazas de violencia que acompañaron el llamamiento de la

guerrilla a que fueran boicoteadas, más del 90% de los que tenían derecho a votar participaron en ellas (10).

Las condiciones para que se produjera un levantamiento popular no eran favorables, tampoco en los demás aspectos. A pesar de las dificultades económicas momentáneas, el país se encontraba, a largo plazo, en una coyuntura favorable que no hacía parecer imperiosa la necesidad de cambiar, fundamentalmente, la política económica. A continuación de la revolución cubana y bajo el efecto de la "Alianza para el Progreso", que había sido proclamada y concebida por los EEUU como estrategia de inmunización contra el bacilo comunista, la opinión pública occidental tenía pocas simpatías por los esfuerzos de los guerrilleros para transformar a Venezuela en otra cabeza de puente socialista. La dependencia de los EEUU en que se hallaba el país no daba la impresión de que fuera tan abrumadora como para que, a diferencia de lo sucedido en Centroamérica, se pudiera esperar un efecto movilizador de los lemas antiimperialistas. Finalmente, debido al alto grado de modernización, a la avanzada centralización y a la urbanización alcanzadas por Venezuela, la guerra de guerrilla tenía menos posibilidades de éxito que en un país de estructura predominantemente agraria (11).

En lo que respecta a la distribución de fuerzas socio-políticas, los guerrilleros, al principio, podían contar con ciertas posibilidades de éxito, puesto que los respaldaban las organizaciones de dos partidos. Una era la del PCV, que disponía de gran experiencia y de una considerable cantidad de afiliados. Los comunistas tenían partidarios entre las profesiones liberales, los intelectuales, las capas medias dependientes, en las barriadas pobres de la capital y, sobre todo, entre los estudiantes; también contaban con bastante apoyo dentro de los sindicatos (F.R. Allemann 1974: 129). La importancia de estos grupos, sin embargo, no bastaba para "volcar" la situación. Sobre todo, los rebeldes no conseguían convencer a la burguesía, o a parte de ella, de que era necesario y conveniente volver a cambiar de régimen. El "bloque dominante" no se dividió, la clase alta y la clase media se identificaban totalmente con la democracia parlamentaria que se acababa de recuperar. El hecho de que, entre los estudiantes que se incorporaron a la guerrilla, no pocos descendieran de prestigiosas familias, era, más bien, síntoma de cierta manera de superar conflictos intergeneracionales que de tendencias divisionistas dentro de las capas dirigentes del país. La Iglesia, que, entonces, sostenía en América La-

tina al conservadorismo, también se puso a la defensiva frente al "peligro comunista". Las elecciones de 1963 son la prueba de lo poco interesada que estaba la masa popular en los planes subversivos de los guerrilleros. El apoyo y la protección que fueron brindados a los terroristas urbanos algunas veces, al principio, por los habitantes de las barriadas, desaparecieron ante las batidas policiales y los arrestos que siguieron, dejando lugar a la indiferencia o al rechazo. Desde los comienzos, las agrupaciones guerrilleras tuvieron dificultades en conseguir respaldo en el campo, en parte, porque las capas bajas rurales no sufrían necesidades materiales y, en parte, porque ya eran fieles partidarios de la AD (K. Lindenberg 1968: 292; R.F. Lamberg 1971: 73 y s.). Entre las naciones latinoamericanas, Cuba fue la única en otorgar toda clase de ayuda a los insurgentes (propagandística, por medio de instructores, de armas y fondos). Sin embargo, esta asistencia aumentó, más bien, el aislamiento de la guerrilla frente a los demás Estados de la región, ya que las élites tradicionales latinoamericanas observaban con gran desconfianza todo movimiento revolucionario, amedrentadas por la conversión de Castro al comunismo, que se había producido desde principios de los años 60.

Las condiciones estructurales, poco prometedoras, y la defavorable relación de fuerzas limitaban el campo de acción de los revolucionarios, sin que éstos, en un primer momento, tuvieran conciencia de ello. A parte de eso, la guerrilla venezolana es un buen ejemplo de que muchos de los rasgos que hemos presentado para probar la habilidad táctica de los sandinistas, pueden ser observados, por lo menos, en forma incipiente, en movimientos guerrilleros anteriores. Esto es aplicable a la prioridad que tenía la estrategia política frente a la violencia pura (al menos, mientras la lucha subversiva fue dirigida por el PCV), el postulado de mando conjunto para todas las organizaciones revolucionarias (aun si no fue puesto en práctica), al paralelismo existente entre la guerrilla urbana y la rural, entre las acciones en masa y la lucha armada, al operar simultáneo en varios planos (en uno legal-político, otro simbólico-comunicativo y otro militar) y, finalmente, a la táctica de alianzas con las más diversas fuerzas políticas, también, en parte, con las moderadas (por ejemplo, con los militares). Es verdad que todos estos elementos no estaban insertados en un concepto coherente, sino que coexistían sueltos o eran aplicados sucesivamente, a título de ensayo. Esta falta de estrategia planificada se reflejaba en los vaguésimos objetivos de la gueri-

lla: que querían introducir "un régimen popular, revolucionario y nacionalista" y abrir "el camino hacia el socialismo" que era "inevitable" (R.F. Lamberg 1971: 78). Dado que la definición de los fines inmediatos y mediatos, a los cuales debía servir el levantamiento popular, era tan poco clara y tenía tan poco poder atractivo para las masas, no extraña que el movimiento insurgente no llegara a desarrollar el empuje y la atracción que caracterizan los procesos revolucionarios. En lugar de extenderse continuamente se achicó, en vez de provocar la polarización de las fuerzas político-sociales decayó lentamente hasta convertirse en un factor de poder secundario: tras un comienzo muy prometedor con algunas ingeniosas ocurrencias que anticipaban las acciones de guerrilla urbana de los Tupamaros, a principios de 1964, los rebeldes trasladaron la guerra de partisanos a zonas rurales donde, pronto, fueron empujados a la defensiva, terminando por ser olvidados.

La Argentina

Mientras que los guerrilleros venezolanos no tenían ni episodio histórico ni personaje de referencia en el pasado nacional, la guerrilla argentina está estrechamente ligada al nombre de Juan Domingo Perón, caudillo popular por su política social y su retórica nacionalista que fue derrocado, tras 10 años de gobierno (1946-1955), por una alianza de civiles y militares (P. Waldmann 1974). Los gobiernos que le sucedieron respetaron la regla tácita, dictada por los militares, según la cual habían que evitar toda participación de los peronistas en el ejercicio del poder político. A pesar de ello o, quizá, justamente por esa razón también, las capas populares siguieron siendo absolutamente fieles al general exiliado. Con el correr del tiempo, jóvenes intelectuales de la clase media, cuyos antecesores se habían contado entre los más violentos adversarios del régimen, empezaron a interesarse por y a simpatizar con el peronismo. A estas circunstancias se debe el hecho de que en 1969, en pleno gobierno militar, fuera fundada una agrupación guerrillera peronista que tenía por meta volver a llevar al poder al anciano líder popular y continuar con la (pretendida) revolución nacional y social que había sido interrumpida en 1955. Simultáneamente, surgieron otras organizaciones subversivas, en su mayoría de tendencia marxista o trotskista, que también, se había propuesto provocar una revolución política y social. El movimiento subversivo se extendió rápidamente y llegó a contar con un efec-

tivo de combate de varios miles de activos. Mediante atentados, cometidos principalmente en las ciudades, y métodos propagandísticos contribuyó, decisivamente, a que se convocara a elecciones y, tras el triunfo peronista y un gobierno intermedio, a que Perón mismo regresara al país y asumiera el poder. Al constatar que Perón no adoptaba la orientación revolucionaria esperada y que, en lugar de ello, procuraba llegar a un arreglo con los grupos reformistas de la burguesía, los desilusionados Montoneros, luego de haber suspendido brevemente las hostilidades, volvieron a la clandestinidad. Esta nunca había sido abandonada por sus compañeros de lucha, los trotskistas, que, en el ínterin, se habían juntado para formar el ERP. La creciente intervención de las fuerzas armadas en la lucha antisubversiva, de la que al principio se ocupaba únicamente la policía, muy pronto empujó a los guerrilleros a la defensiva; después del golpe militar de marzo de 1976, fueron rápidamente aniquilados en una sangrienta operación de limpieza (12). Además de la influencia del caudillo, que durante su permanencia en el exilio no cesó de incitar a sus jóvenes partidarios a que hicieran uso de la violencia, y de una crisis nacional de identidad que sería difícil precisar detalladamente, favorable al surgimiento y a la rápida expansión de la guerrilla fue, seguramente, también, la circunstancia de que la Argentina estuviera gobernada por los militares desde 1966. Lo nuevo de esta situación era que las fuerzas armadas, por primera vez en la historia argentina reciente, no se contentaron con servir de plataforma giratoria entre los diversos partidos y agrupaciones políticas o con actuar entre bastidores, sino que habían decidido gobernar ellas mismas el país (A. Rouquié 1978: 568 y ss.). A la dictadura de Onganía no se le podía reprochar que fuera muy dura, aunque hubiera suprimido la autonomía universitaria e intervenido las universidades, de manera que los estudiantes izquierdistas se vieron obligados a pasar a la clandestinidad; asimismo, al aplicar una censura no sólo política, sino también moral, terminó por irritar a los argentinos que estaban acostumbrados a la libertad de opinión. Si, además, se tiene en cuenta que los mismos militares que ejercían entonces el poder, hacía 10 años que impedían a la mayor fuerza política del país, los peronistas, el acceso al gobierno, podemos, decir justificadamente que el golpe de 1966 había provocado una crisis de legitimidad. Por lo menos, una parte de la juventud de la clase media consideraba que la dictadura era un régimen usurpador que justificaba todo tipo de resistencia.

El hecho de que la crisis de legitimidad no se siguiera agravando luego de comenzar las acciones guerrilleras, se debe, entre otras circunstancias, a la cautelosa reacción de los militares que, desunidos y desconcertados por la creciente desaprobación de que eran objeto por parte de la gran mayoría e impresionados por la erupción de la violencia, se aprestaban a dejar el campo libre a los políticos civiles. Aunque la retirada de las fuerzas armadas fuera considerada un triunfo por los guerrilleros que se sintieron estimulados a intensificar los atentados, las elecciones de 1973 y la consecutiva asunción del poder por los peronistas dieron al sistema político una sólida base que no podría ser fácilmente quebrantada por provocaciones terroristas. Y eso menos todavía, si se tiene en cuenta que las demás condiciones estructurales, sobre todo la situación económica y, en general, el grado de modernización y de desarrollo del país, no eran favorables al éxito de una revolución. En estos aspectos, las circunstancias no eran muy diferentes de las que hemos descrito en el caso de Venezuela: el crecimiento económico de la Argentina no alcanzaba las dimensiones esperadas por políticos y economistas, pero la situación estaba lejos de ser desesperante (T. Evers 1972:66). Fuera de eso, como consecuencia de la avanzada urbanización y de la centralización, las estructuras burocráticas, sobre todo las fuerzas armadas y las de seguridad, habían alcanzado tal grado de expansión, de estabilidad y de eficacia que un vuelco fundamental del sistema parecía, únicamente, posible mediante un movimiento revolucionario muy amplio y sumamente dinámico.

Para un levantamiento de ese tipo, empero, no se daban las condiciones necesarias. Es cierto que los Montoneros gozaban del apoyo del peronismo de izquierda y que éste proporcionaba a la más importante de las dos organizaciones guerrilleras (en razón de la cantidad de sus miembros y de su potencial combativo) un campo, aparentemente, ilimitado donde poder reclutar partidarios. Pero ya ha sido demostrado que existía una clara separación entre el movimiento gremial, que constituía el principal sostén del peronismo, y el movimiento de la juventud peronista, que recién había empezado a formarse a partir de 1970 y cuyo brazo armado eran los Montoneros gozaban del apoyo del peronismo de izquierda y que éste proporcionaba a la más importante de las dos organizaciones guerrilleras (en razón de la cantidad de sus miembros y de su potencial combativo) un campo, aparentemente, ilimitado donde poder reclutar partidarios.

Pero ya ha sido demostrado que existía una clara separación entre el movimiento gremial, que constituía el principal sostén del peronismo, y el movimiento de la juventud peronista, que recién había empezado a formarse a partir de 1970 y cuyo brazo armado eran los Montoneros (D. James 1976: 284). Los guerrilleros, provenientes a menudo de círculos de estudiantes católico-nacionalistas, tenían escaso acceso a la clase trabajadora. Desconociendo el conservadorismo fundamental de la mayoría de los trabajadores argentinos, creyeron que el Cordobazo de 1969, aquel levantamiento de obreros y estudiantes que se produjo por causas muy diversas en la capital provincial más importante del país (F. Delich 1974), era signo de que el pueblo estaba dispuesto a rebelarse. La mayor parte de la clase trabajadora admiraba a Perón por haber sido el líder a cuya política de reformas sociales de los años 1944-49 debían su integración en la sociedad argentina. Esperaban que la vuelta al poder de Perón hiciera posible la repetición de aquella política, es decir que lo que querían era una redistribución en su favor de la renta nacional, pero no un cambio radical del orden político y social existente. Por eso, cuando los Montoneros reanudaron a partir de 1974 las acciones terroristas, la reacción popular fue, en parte, poco comprensiva. Tampoco en la clase media tuvo buena acogida la continuación de la lucha subversiva (13). Al principio, bajo Onganía, ciertos sectores de esta capa social no habían aprobado, explícitamente, los atentados de la juventud rebelde, pero los habían observado con malicia pues de esa manera se demostraba a los militares que su poder tenía límites. La clase media y, también, la clase alta tradicional infirieron de la protesta armada de la juventud peronista, sobre todo, que la paz social y política, a la larga, sólo podía ser garantizada si se levantaba la proscripción del peronismo y se concedía al anciano general una verdadera oportunidad política (muchos, esperando que los peronistas fueran derrotados en las elecciones). Consideraban que la sola revisión de su anterior actitud era ya una gran concesión y rechazaban, con hostilidad, los proyectos, que tenían los peronistas de izquierda, de utilizar la presidencia de Perón para realizar una revolución social. Estos grupos sociales fueron, también, los primeros en aplaudir cuando Perón reprobó públicamente a sus jóvenes partidarios, exigiéndoles moderación y disciplina; tampoco pusieron reparos ante la intervención, cada vez más fuerte, de las fuerzas armadas en la lucha contra la guerrilla, que terminó con la vuelta de los

militares al poder. En los círculos eclesiásticos, los guerrilleros obtuvieron únicamente el apoyo del clero de baja jerarquía y con inquietudes sociales, mientras que el obispado se puso del lado de las fuerzas del orden (Waldmann 1878: 325). Como en los países vecinos, Uruguay y Chile, también habían asumido el poder juntas militares estrictamente anticomunistas, las asociaciones guerrilleras argentinas estaban aisladas tanto en el contexto nacional como en el internacional. A pesar de ello, no se puede negar que los Montoneros tuvieron cierta habilidad táctica (lo cual no se puede afirmar del rígido ERP). Practicaban, abiertamente, una política de alianzas con los sectores izquierdistas de los sindicatos y agrupaciones políticas, y procuraban (aunque relativamente tarde) combinar golpes armados con la movilización de los trabajadores y de los habitantes de las barriadas pobres; elegían cuidadosamente a sus víctimas y trataban de no perjudicar a la población en general; eran flexibles en cuanto a los objetivos y hacían lo posible por ganarse las simpatías de la opinión pública internacional; crearon, además, una amplia red de instalaciones de infraestructura y pusieron todos los medios que tenían a su alcance para conseguir que la espiral de "acción y represión" siguiera creciendo. Sus principales errores fueron: primero, no haber analizado a tiempo el peronismo "histórico" (es decir, las dos primeras presidencias de Perón) ni los objetivos del caudillo (de lo contrario, se hubieran dado cuenta, oportunamente, de que se habían equivocado al interpretar sus intenciones) y, segundo, haber evaluado mal la situación social, sobre todo, en lo referente a la actitud que asumirían los trabajadores ante un llamamiento revolucionario. Con su manera de proceder, a la vez agresiva y desprovista de apoyo popular, desencadenaron un contraterrorismo de derecha que, finalmente, ha producido muchas más víctimas que ellos mismos.

Basándonos en los esquemas de estos dos casos concretos, en combinación con el análisis de la revolución nicaragüense, procuraremos sacar algunas conclusiones generales.

La experiencia demuestra que en América Latina pueden surgir movimientos guerrilleros a raíz de motivos y constelaciones muy diferentes; bajo regímenes militares o gobiernos civiles, en fases de recesión económica o de prosperidad, en países dependientes o relativamente autónomos, bajo la influencia de una ola internacional de protesta o como síntoma de una crisis nacional de identidad. Para que sus acciones tengan éxito, es decir, para que logren conquistar el poder político, son nece-

sarias ciertas condiciones previas muy precisas:

1) Primeramente, parece que es indispensable la existencia de una profunda perturbación de la base de legitimidad del régimen en cuestión. Las dictaduras que, por una cuestión de inherencia, siempre tienen dificultades en legitimarse, pueden producir esa perturbación pero, en general, el solo hecho de haber puesto la constitución fuera de vigencia no basta en los países latinoamericanos, ya acostumbrados al autoritarismo, para provocar la gran sublevación colectiva que sería necesaria a fin de derrocar no sólo un gobierno, sino todo un sistema. Antes bien, tienen que agregárseles más circunstancias agravantes, entre las cuales cuentan, sobre todo, la corrupción y el nepotismo exagerados, una represión desenfrenada y una política económica ineficiente que conduzca a una seria recesión. Por otra parte, sólo se puede producir un alzamiento popular armado de suficiente amplitud si los jefes guerrilleros han sido capaces de suscitar en las masas la idea de la forzosa superioridad e inevitable realización del orden político y económico al que aspiran.

2) Consideramos que otra de las condiciones estructurales previas (pero que no se puede determinar tan precisamente como la anterior) es el hecho de que el país en que se desencadene el proceso revolucionario tiene que ser relativamente pequeño, no demasiado desarrollado y francamente dependiente de Estados industriales superiores. No es casual que en los Estados latinoamericanos de gran extensión los movimientos guerrilleros fueran eliminados rápidamente, aun los que ya habían alcanzado una dimensión considerable (14), mientras que en América Central la Guerrilla, triunfante o no, se ha convertido, en varios casos, en un importante factor de poder político—militar. Las explicaciones de este fenómeno pueden ser, entre otras, las siguientes: que en Estados altamente industrializados el único método de lucha subversiva practicable sea la guerrilla urbana que, en los casos conocidos, no ha podido ocasionar la caída de ningún régimen hasta ahora; que los modernos Estados de gran extensión dispongan de un aparato de seguridad altamente burocratizado (los militares, la policía, los servicios secretos, etc.) para el cual los pequeños grupos de rebeldes, por bien organizados que estén, no representan un peligro serio; y, finalmente, que sólo países chicos estén sometidos a esa fuerte dependencia económica y política del exterior que es necesaria para suscitar un sentimiento general de oprobio y humillación, y las correspondientes reacciones de indignación colectiva.

3) A nivel de los actores de poder, es indispensable para el éxito de los rebeldes que éstos consigan atraer a su campo una parte de las fuerzas moderadas de orientación reformista. Sin la escisión del bloque burgués, lo único que pueden conseguir es una situación de empate socio—político, pero nunca la superioridad. Entre las causas que hacen que un régimen pierda la legitimidad, mencionadas en 1), las que más irritan a los grupos burgueses son las restricciones de la libertad de opinión, el excesivo aumento de la corrupción y una delitante política económica que perjudique sus intereses. Estos grupos, también, son más sensibles al prestigio o desprestigio internacional que pueda tener el régimen en cuestión. En aras del orden público, en cambio, aceptan un nivel de represión relativamente alto, al menos temporalmente y mientras su propia seguridad no parezca correr peligro. Sólo una reducida parte de las fuerzas moderadas, sobre todo la Iglesia, los intelectuales y representantes de las profesiones liberales, miden la legitimidad de un sistema de poder, en primer lugar, de acuerdo con el grado de respeto que éste tenga de los derechos fundamentales y humanos.

4) Sobre el papel que desempeña “el pueblo” dentro del marco de campañas guerrilleras victoriosas, se pueden hacer, únicamente, conjeturas cautelosas (ya que, hasta ahora, fuera de Nicaragua, ha entrado en escena sólo excepcionalmente, sobre todo, en las revoluciones mejicana y boliviana). Haciendo esta nueva reserva, sostenemos que es casi imposible realizar un verdadero cambio revolucionario sin la movilización de amplias capas de la población. Cuanto más arraigo en estructuras burocráticas tenga el régimen atacado y cuanto más capaz de defenderse sea tanto más necesaria es esa movilización (15). Las capas bajas latinoamericanas, en general, están menos abiertas a cambios radicales de lo que quieren reconocer los marxistas. Sólo en determinadas circunstancias pueden ser empujadas a participar, colectivamente, en acciones violentas que no sirvan, únicamente, para proteger sus intereses inmediatos o manifestar adhesión a algún líder carismático. Entre otras, estas condiciones son: que, debido a una extrema opresión y a problemas de subsistencia material, no vean otra posibilidad de sobrevivir fuera de la de unirse a los rebeldes; que no estén ya integradas en algún partido existente o en cualquier otro tipo de organización que defienda sus intereses; finalmente, que sean motivadas por objetivos que despertan emociones, para lo cual, los lemas nacionalistas

se prestan mejor que las promesas socialistas.

5) La última condición citada arriba conduce a los requisitos operacionales que son indispensables para el éxito de todo movimiento guerrillero. Aquí mencionaremos sólo los dos más importantes. El primero es la existencia de un catálogo de objetivos bien definidos, fáciles de retener, comprensibles, realizables y sin demasiada teoría (que todo ésto sea posible depende de la transparencia que tenga la estructura de poder); el segundo es que la guerrilla disponga de una zona de repliegue, resguardo y despliegue, sea en el interior, sea en el exterior del propio territorio, para no correr el riesgo de ser reprimida y eliminada mientras se encuentre en condiciones de inferioridad frente a las fuerzas de seguridad. No contamos, en cambio, la "espiral de provocación y represión", en la que tantas esperanzas depositaran los guerrilleros sudamericanos, entre las condiciones operacionales que son fundamentales para el éxito pues se trata de un arma de dos filos. Sólo en circunstancias en que ya se perfila la superioridad de la oposición, es posible acentuar la tendencia en favor de los rebeldes y empujar al régimen hacia el aislamiento mediante la polarización de los frentes. De otro modo, con el ciego escalamiento, de la violencia, los insurrectos corren el riesgo de quedar aislados de su potencial base social o puede, en el mejor de los casos, estabilizar una situación de empate militar (16).

EVOLUCION DE LA GUERRILLA CENTROAMERICANA DESDE LA REVOLUCION NICARAGUENSE

En América Central, el éxito de los sandinistas ha contribuido a endurecer, considerablemente, los frentes entre los insurrectos y los defensores del actual sistema (J. Thesing 1982). Los primeros no sólo ven, nuevamente, fortalecidas sus esperanzas de producir un violento cambio de sistema, sino que, con Nicaragua, han obtenido un aliado concreto dentro de la región. El lado opuesto, frente a la agravación de la amenaza, moviliza todo su potencial represivo y, también, trata de conseguir apoyo extranjero para conjurar el peligro de un cambio en el poder. Las transformaciones más importantes que han tenido lugar desde el cambio sandinista se pueden resumir en tres puntos (17):

1) Las asociaciones guerrilleras perseveran más en el esfuerzo para conseguir sus fines, son más capaces de realizar lo que se proponen y más cau-

telosas. Han sido eliminados o paliados, al menos, una serie de errores a los que Lamberg, en su resumen del análisis de los movimientos guerrilleros de los años 60, atribuye la causa de su fracaso (R.F. Lamberg 1971: 165 y s.). En vista de la importancia político-militar que los insurgentes han ganado en El Salvador y Guatemala, carecen ahora de fundamento las críticas de voluntarismo individual y espontaneidad ética, de equivocadas recetas tácticas y ciega confianza en la naturaleza autodinámica de la violencia. Los guerrilleros han demostrado ser capaces de aprender en muchos aspectos. Algunos de los rasgos en que se manifiesta ese progreso son los siguientes: ya no tratan de obtener, en primer lugar, el apoyo de los partidos, que en Latinoamérica son débiles crónicos, sino que colaboran, estrechamente, con organizaciones de masas, como sindicatos, asociaciones campesinas, gremios de empleados y agrupaciones básicas de la Iglesia, y, en general, ponen mayor atención que antes en movilizar a las capas bajas; han reducido su antiguo lastre teórico, se concentran más en objetivos políticos concretos y están en mejores condiciones de disimular y diferir diferencias ideológicas internas para posibilitar la acción conjunta; operan simultáneamente en varios planos, uno político, otro de propaganda y comunicación, y otro militar, que están relacionados entre sí, es decir que sus acciones violentas se basan en un concepto estratégico global; tanto en el interior como en el exterior, practican una política de amplias alianzas, que incluye, también, a fuerzas moderadas; procuran romper la dependencia unilateral de constelaciones y tendencias políticas transnacionales haciendo propaganda para influenciar la opinión pública internacional (por medio de delegaciones, de conferencias, folletos de información, etc.); en lo que se refiere a potencia militar, aprovisionamiento, organización y armamento, los guerrilleros han dejado muy atrás aquella fase en la que el Che Guevara con un puñado de seguidores erraba, algo desorientado y sin rumbo fijo, por la selva boliviana. En pocas palabras: han ascendido hasta transformarse, en varios Estados, en un factor de poder de primer orden, mientras que en el pasado tenían, en su mayoría, una importancia militar y política secundaria.

2) En razón del aumento de su potencial político-militar, las asociaciones guerrilleras se han transformado en un verdadero desafío para las fuerzas que defienden el status quo y el enfrentamiento entre ambas partes ha alcanzado una intensidad desconocida en los años 60. A fines de la

década del 60 y a principios de la del 70, se había producido dentro del marco de la guerrilla urbana (sobre todo en el Brasil y la Argentina) una agravación de la violencia y la contraviolencia hasta alcanzar nuevas dimensiones de brutalidad. Los atentados terroristas de los guerrilleros urbanos, frente a los cuales el Estado y la sociedad se encontraban mucho más indefensos que frente a los ataques comparativamente inofensivos de la guerrilla rural, incitaban a las fuerzas de seguridad a contra atacar con más dureza aún. En la actualidad, la brutalidad y la crueldad, es decir, un desprecio total del ser humano, son los rasgos característicos de las luchas, rayanas en guerra civil, que se desarrollan en Centro y Sudamérica (18). En este aspecto, la guerrilla urbana y la rural se han igualado y, también, hay poca diferencia entre la manera de proceder de los rebeldes y la de los opresores (en general, las fuerzas de seguridad y los escuadrones de la muerte cuentan más que los insurgentes con el efecto atemorizador y desgastador del terror sistemático). La decencia, el juego limpio, la caballerosidad, la fantasía, el respeto de la grandeza humana y de la vida de personas no implicadas, elementos que se podían observar, al menos rudimentariamente, en los enfrentamientos de los años 60, han desaparecido totalmente. Ya no hay reglas de juego que sean aceptadas por ambas partes, lo único que cuenta en cada situación es la ley del más fuerte. Tampoco existen ya grupos o individuos que no estén implicados en el conflicto ya que todo se ven obligados a tomar partido, quieran o no. Los elementos moderados que no se someten a esa presión polarizadora y tratan de mediar entre los frentes, resultan aplastados. El pueblo, que ambas partes solicitan y acosan a la vez, contempla el furioso espectáculo con una mezcla de indiferencia y temor, y, dentro de lo posible, huye para ponerse a salvo.

3) La agravación del conflicto no se debe, únicamente, al endurecimiento de los frentes, sino que está relacionada, sobre todo en América Latina, con la entrada de un nuevo factor: el componente transnacional. Este tiene dos aspectos, uno regional y otro global. En lo que toca al primero, se puede decir que va en aumento el efecto de concatenación entre los diversos exponentes nacionales del campo insurgente por un lado y, por otro, de los defensores del status quo. Los respectivos grupos de cada lado se ayudan por encima de las fronteras nacionales y asimilan, rápidamente, las experiencias hechas en los países vecinos. Mientras

que esta cooperación responde a los intereses de los involucrados en la lucha, éstos tienen escasa influencia en la importancia que las superpotencias atribuyen a la guerra civil centroamericana a nivel mundial. Como la administración Reagan parece decidida a convertir la región en piedra de toque de sus pretensiones de restablecer el liderazgo estadounidense sobre el plano internacional, procura impedir, por todos los medios, el triunfo de los revolucionarios en estos países (W. Grabendorff 1982). El intenso apoyo económico y el suministro de armas que otorga a los gobiernos de esta zona eleva el conflicto a un nivel nuevo y más alto, lo agrava "artificialmente" y le confiere los rasgos característicos de una guerra de representantes.

¿Qué efecto producen los mencionados factores agravantes sobre las perspectivas de los rebeldes? ¿Las mejoran o las empeoran? Pretender dar una respuesta general a esta pregunta es tan arriesgado como difícil. Arriesgado, porque se trata de procesos que se han iniciado hace poco y que, todavía, apenas se sabe adónde llevan. La dificultad de apreciar, debidamente, la situación resulta de la explosividad político-ideológica que tiene la materia y que impide obtener informaciones fidedignas y dar un fallo equilibrado. En suma, el autor duda, seriamente, que los nuevos rasgos señalados puedan influenciar *el desenlace* del conflicto —y ésto es lo único que queremos esclarecer aquí— si se tiene en cuenta que, casi todos, están situados en el ámbito que, más arriba, hemos denominado "operacional". Sobre todo, es difícil creer que la intensificación de los combates resulte favorable a los rebeldes. Es cierto que no se puede excluir que, si la lucha sigue recrudeciendo, sea finalmente la relación de fuerzas militares la que acabe por decidir el conflicto. Ese recrudecimiento sería inevitable en el caso de una intervención militar directa de los EEUU; la administración Reagan parece, sin embargo, tomar conciencia de los riesgos que ese tipo de intervención implicaría y vacila en dar ese paso. Pero, si las condiciones básicas externas no cambian radicalmente, entonces, las probabilidades de éxito de los rebeldes dependerán más de las circunstancias estructurales y de la constelación socio-política que de los factores operacionales. Si, en primer lugar, tenemos en cuenta las condiciones estructurales y las relacionadas con los actores, entonces, ni en El Salvador ni en Guatemala es previsible que triunfen los rebeldes, al menos en los próximos tiempos.

El Salvador (19)

En este país la guerra civil ha costado la vida a alrededor de 30.000 personas en dos años (1980-1982). Los guerrilleros son unos 5.000; hasta 1981 operaban de manera defensiva pero, desde 1982, han aumentado los ataques ofensivos. Parece ser que, actualmente, controlan una cuarta parte del territorio nacional. Mantienen contacto con las organizaciones de masas (sindicatos, etc.) disponen de una emisora radial propia, tienen delegaciones que los representan en numerosos Estados, están bien armados y organizados, y, gracias a su eficiencia militar, han infligido serias pérdidas a las fuerzas armadas salvadoreñas. En resumen, concuerdan con la imagen que acabamos de trazar de una guerrilla bien adiestrada, enérgicamente dirigida y con claros objetivos políticos. Con referencia a los requisitos para el éxito guerrillero que hemos señalado antes, es fácil enumerar unos cuantos factores que dan la explicación del progreso hecho por los insurgentes y del actual fortalecimiento de su posición: la reducida extensión del país, su bajo desarrollo y la intensa dependencia de los EEUU; la existencia de una nación de apoyo en el exterior (aparte de Cuba), es decir Nicaragua, cuyo ejemplo como modelo de revolución triunfante tiene casi mayor importancia que su función como zona de repliegue, resguardo y aprovisionamiento; cierto sostén diplomático por parte de las potencias regionales de rango intermedio (sobre todo, de México) y de algunos gobiernos europeos (por ejemplo, de Francia). También, está presente la crisis de legitimidad que tiene relación con la decadencia del partido de los militares, el PCN, que se produjo a partir de principios de la década del 70 y con la agravación de la desigualdad reinante en la estructura de la propiedad rural, con el aumento de la represión violenta de la población por parte del aparato de seguridad estatal y con la aceleración de la crisis económica, consecuencia de la guerra civil.

Sin embargo, es problemático basarse en que se haya producido, como en el caso somocista, un verdadero desmoronamiento de la legitimidad del sistema político, acompañado por el correspondiente incremento de la legitimación del lado rebelde. El hecho de que los militares sean, desde hace alrededor de 10 años, no sólo los lugartenientes de la oligarquía, sino, además, una fuerza política relativamente independiente, de que siempre hayan existido corrientes reformistas, tanto dentro de las fuerzas armadas como en el campo civil, que desde 1979 se hayan emprendido reformas concre-

tas (por ejemplo, la redistribución de las tierras), que en marzo de 1982 haya habido elecciones, todo ésto no basta para remediar la crisis de legitimidad pero impide que se agrave hasta un punto en que la mayoría de los ciudadanos consideren que la única posibilidad de mejorar la situación es el alzamiento armado. Este punto tampoco ha sido alcanzado aún porque la pérdida de legitimación por parte de los exponentes del poder, no va asociada al aumento de la confianza popular en los objetivos y la actuación de los insurrectos. La razón es que hay poca diferencia entre los métodos violentos que utilizan ambas partes para realizar sus fines; cuanto más dura la lucha, cuanto más numerosas son las víctimas, más se difunde el escepticismo general respecto del sentido y la utilidad de la sangrienta contienda.

Como el sistema político no se ha desacreditado definitivamente, sólo una parte reducida de las fuerzas reformistas moderadas (nos referimos, sobre todo, a determinados sectores de la clase media y de la Iglesia) se ha separado del bloque dominante para hacer causa común con los rebeldes. Al contrario de lo que sucedió en Nicaragua a partir de 1974, en El Salvador, el campo burgués no ha sufrido ninguna división digna de ser mencionada. Cierta pluralismo, que también, se refleja en la existencia de varios partidos de derecha, indica, diferencias de naturaleza secundaria y sería un error interpretarlo como desacuerdo fundamental. A falta de una visible superioridad socio-política, en ciente al menos, los insurrectos no pueden sacar gran ventaja de la agravación del enfrentamiento; con la polarización pueden contribuir, eventualmente, a que los grupos moderados se desgasten entre los frentes pero es poco probable que logren atraérselos. En cuanto a la opinión que la masa popular tiene de los partidos en conflicto, la situación es poco clara y difícil de apreciar. En las zonas rurales, los diferentes intereses de los distintos grupos de las capas bajas (peones, arrendatarios, pequeños propietarios, etc.) y las presiones ejercidas por las organizaciones terroristas de extrema derecha (ORDEN y otras) parecen haber impedido una movilización en gran escala en favor de la guerrilla (20); en las ciudades, el hecho de que muchos obreros estén afiliados a sindicatos moderados, en los que, a su vez, tampoco reina la concordia, ha impedido que la clase obrera se comprometa, de manera relevante, en beneficio de la causa revolucionaria. En suma, es poco probable que en un futuro próximo se produzca algún levantamiento popular de importancia. Aterrorizada por los exce-

sos de violencia, la mayoría de la población se comporta de manera pasiva o trata de escapar al peligro huyendo dentro del país o al exterior.

Si, por lo tanto, faltan las condiciones previas para que tengan éxito los insurrectos, al menos en un futuro cercano, del otro lado, tampoco las fuerzas armadas están en condiciones de ganar la confrontación. Su superioridad numérica (alrededor de 17.000 hombres) no alcanza para dar el golpe decisivo a las tropas guerrilleras y recuperar los "territorios liberados", aparte de que la solidaridad y la moral de combate no son muy altas en sus filas. Los observadores norteamericanos, que no pueden dejar de constatar este hecho, estarían mal aconsejados si trataran de influir para que unidades estadounidenses apoyen a los militares salvadoreños. De esta manera, se les facilitaría a los rebeldes aquello que, justamente, les ha faltado hasta ahora: una definición del enemigo, contra el que se dirige la lucha de liberación, que sea clara y que tenga poder de atracción sobre las masas. La previsible ventaja militar que produciría, a corto plazo, una intervención norteamericana en beneficio de las fuerzas de seguridad, no compensaría presumiblemente, las desventajas que surgirían a largo plazo: el gobierno nacional y las fuerzas armadas sufrirían una pérdida de legitimidad mayor aún al revelarse como marionetas de los EEUU y la posibilidad de motivar a las masas con un slogan anti-imperialista aumentaría las probabilidades de que se produzca una movilización popular.

Guatemala

La guerrilla subversiva de este país no surgió impetuosamente recién después de la revolución sandinista y como consecuencia de ésta, sino que tiene una tradición propia que remonta a los comienzos de la década del 60. En aquel entonces aparecieron, en zonas rurales, varios focos subversivos que lograron mantenerse, en parte, durante un tiempo prolongado y que, según afirma F.R. Allemann (1974: 190), de todos los movimientos guerrilleros latinoamericanos, son los que más cerca han estado de conseguir una verdadera movilización popular. Después de que fueron destruidos por las fuerzas de seguridad, la resistencia contra la injusticia del sistema político y económico quedó paralizada durante algunos años, hasta que, en 1975, volvió a surgir una organización subversiva armada. Actualmente existen varias organizaciones guerrilleras que están vagamente asociadas entre ellas pero que, en general, operan independiente-

mente y de las cuales la más importante es el EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres) (21). El total de los efectivos es algo inferior al de los rebeldes de El Salvador (unos 4.000 hombres) y, sin embargo, han conseguido extender sus actividades a todas las provincias del país. La principal diferencia con El Salvador es que los guerrilleros guatemaltecos aún no han logrado establecer "zonas liberadas" sobre las que puedan ejercer el dominio de manera duradera. Las líneas del frente de lucha entre los rebeldes y las fuerzas armadas no se han solidificado todavía, la guerrilla se desenvuelve de manera clásica, principalmente, con actos de sabotaje, emboscadas, asaltos y atentados, es decir, como factor de hostigamiento.

La historia de la guerrilla guatemalteca es, también, la historia de la crisis de legitimidad del Estado guatemalteco. Simplificando, se puede decir que el sistema político nunca se recuperó de la pérdida de prestigio y credibilidad que sufrió cuando, en 1954, elementos conservadores, con la ayuda de tropas norteamericanas, pusieron fin al experimento reformador (con el que también se había iniciado un reparto de tierras) de los dos presidentes sucesivos J. Arévalo y J. Arbenz (E. Torres-Rivas 1980; J. Weaver 1979). La guerrilla de la década del 60 surgió como reacción inmediata al golpe reaccionario y, también, el actual movimiento insurgente remonta, indirectamente, a aquellos acontecimientos. La reacción del Estado ante este desafío ha sido y sigue siendo emplear la violencia pura. La intimidación psíquica y la eliminación física de los adversarios políticos es, desde hace 15 años, un fenómeno político tan constante que ha sido el objeto exclusivo de varios artículos de sociólogos norteamericanos (J.A. Booth 1980; D.L. Premo 1981). Con todo eso, el terrorismo represivo —del que son igualmente responsables las fuerzas de seguridad y los escuadrones de la muerte, y que, por añadidura, ha sido nutrido por un anticomunismo feroz— no demuestra hasta qué punto ha sido afectada la estabilidad del sistema político (22). Las apariencias indican que es poco probable que la fachada democrática de Guatemala se derrumbe en un futuro cercano. Las fuerzas armadas guatemaltecas tienen la reputación de ser más eficientes y menos dependientes de la asistencia norteamericana que las salvadoreñas. También, las agrupaciones civiles influyentes, entre las cuales las asociaciones económicas se destacan por su influencia política, parecen seguras de sí mismas y muy poco carcomidas por las dudas acerca de la legitimidad. El hecho de que las tensiones que sur-

gen, tanto entre los militares como en el sector civil y, finalmente, entre los dos bloques, no se diriman a escondidas, sino públicamente, no es, tampoco, índice de que los grupos que se encuentran en el poder estén muy desconcertados.

La clientela que tenía la guerrilla en la masa popular durante los años 60 estaba compuesta, sobre todo, por blancos y mestizos, mientras que los indios, que constituyen el 45% de la población, no estaban representados en ella (Waldmann 1982: 110; N. Stolz 1976). La situación ha cambiado, fundamentalmente, en el sentido de que recientes estimaciones indican que los revolucionarios se han ganado el apoyo de miles de familias indias y que muchos indios participan en la lucha como combatientes activos. En este contexto queremos recordar la tesis sostenida en el capítulo anterior, según la cual los grupos que no están enmarcados por organizaciones son más asequibles a los objetivos de la guerrilla que los sectores de la población que ya están integrados en asociaciones o partidos, aquél es el caso de los indios que no estaban afiliados ni a partidos ni a sindicatos. Si, además, se tiene en cuenta que los indios han sido los más afectados por la expansión de los latifundios a expensas de la pequeña propiedad campesina y cooperativa, por las sanciones y las medidas arbitrarias del Estado y los grupos parapoliciales y que, además, en este caso, a la expoliación socio-económica y a la represión física se le suma la discriminación racial, entonces, no parece imposible que, a largo plazo y a pesar de su actitud tradicionalmente moderada, se transformen en potencial revolucionario (Y. Le Bot 1979). En este caso la relación de fuerzas se desplazaría, claramente, en favor de los insurrectos que, actualmente, se encuentran en condiciones de neta inferioridad frente al aparato de seguridad y los grupos dominantes.

RESUMEN

¿Cuáles son las condiciones necesarias para que un movimiento guerrillero consiga asumir el poder político en América Latina? En torno a esta pregunta giran las reflexiones expuestas. El punto de partida lo constituye uno de los pocos casos en que una organización guerrillera tuvo éxito en su intento de apoderarse del gobierno, es decir la victoria sandinista de 1979 en Nicaragua. La trama de los factores causales que condujeron al triunfo sandinista es examinada críticamente con la ayuda de un rápido análisis de dos campañas guerrilleras fra-

casadas, la guerrilla venezolana de los años 60 y la argentina de los 70. Utilizando los tres ejemplos como base, hacemos destacar cinco condiciones cuya existencia determina las posibilidades de éxito de los movimientos guerrilleros: 1) La legitimidad del régimen en cuestión tiene que haberse desmoronado mientras que la organización rebelde ha alcanzado cierta legitimación política. 2) El país implicado debe ser relativamente pequeño, subdesarrollado y económicamente muy dependiente de las naciones industriales (especialmente de los EEUU). 3) El bloque burgués tiene que estar dividido, habiendo una fracción que simpatice con los insurrectos o los apoye directamente. 4) Es necesario que se produzca un levantamiento popular, tanto más violento cuanto mejor se defiendan el régimen atacado y cuanto más arraigo tenga en las estructuras burocráticas. 5) Tienen que darse una serie de condiciones operacionales, entre las cuales las principales son la existencia de un catálogo de objetivos claros y de obvia necesidad inmediata, y una zona de repliegue, resguardo y regeneración en el interior y el exterior del país. Estas cinco precondiciones por su parte, remiten a pre- y subcondiciones que enumeramos brevemente.

La segunda parte del artículo es más corta y trata del cambio producido en Centroamérica desde el triunfo sandinista. Allí constatamos que las organizaciones guerrilleras de los otros países de la región han aprendido con la experiencia sandinista y se han hecho más prudentes, flexibles, perseverantes y eficaces; que, al pasar de ser un factor político de segundo orden en los años 60 a convertirse en el desafío por excelencia de los respectivos regímenes políticos, se han intensificado las luchas y ha recrudescido la brutalidad; y, finalmente, que el enfrentamiento ha adquirido en la región un fuerte componente internacional debido al interés que tienen en el asunto las potencias regionales (por ej., Venezuela y Méjico) por un lado y, por otro, a la abierta ingerencia de los EEUU. Mientras los EEUU no intervengan directamente en El Salvador o Guatemala —este es nuestro pronóstico— los rebeldes no tienen en estos países ninguna posibilidad de ganar ya que no se reúnen las condiciones necesarias para el éxito, al revés de lo que era la situación de los sandinistas antes de la caída de Somoza.

NOTAS

(1) El hecho de que la fuerza movilizadora de los sentimientos patrióticos supera de lejos el efecto estimulante que tienen los conflictos de clases se puede constatar en la tenacidad con que pequeños grupos étnicos, como los vascos o los irlandeses, luchan para obtener un Estado propio.

(2) Los teóricos de la violencia de protesta han visto claramente, por lo común, que el éxito de ésta depende al menos tanto de la naturaleza del régimen atacado como de la cantidad, energía y espíritu de sacrificio de los rebeldes.

(3) En diciembre de 1974, los guerrilleros asaltaron una casa—quinta de Managua y se llevaron como rehenes a una serie de importantes diplomáticos, ministros y hombres de negocios. Para dejarlos libres exigieron y consiguieron un alto rescate y la liberación de algunos compañeros de combate. *Latin America Bureau* 1979: 23.

(4) La familia Somoza tenía también estrechos lazos personales con los EEUU. El último jefe de gobierno perteneciente al clan, Tachito S., había recibido su formación en los EEUU y tenía buenos contactos con algunos diputados del Congreso; estaba casado con una norteamericana y mantenía relaciones amistosas con varios embajadores estadounidenses en Nicaragua.

(5) ¿Hubiera tenido éxito un intento revolucionario socialista contra un gobierno burgués, no—somocista pero apoyado por los EEUU? Esta es una pregunta que, naturalmente, se puede contestar de diversas formas.

(6) Mientras que en la mayoría de las asociaciones guerrilleras existe cierta tensión entre el frente activista, que confía principalmente en la eficacia de las acciones de tipo militar y el frente “marxista”, que prefiere movilizar a la base obrera, un rasgo original del FSLN era que contaba con un tercer grupo, “los Terceristas”. Este trataba de provocar un levantamiento en masa y era el más dinámico de los tres. H. Jung 1980: 103.

(7) Es muy grande la importancia que tiene el crecimiento para el éxito de todo movimiento insurgente. Para una organización guerrillera puede ser más conveniente juntar fuerzas durante mucho tiempo para poder desarrollar luego la ofensiva de manera continuada que entrar en una fase de estancamiento después de haber tenido un rápido arranque.

(8) La existencia de los inmensos bienes de la familia gobernante y la perspectiva de que fueran redistribuidos facilitó considerablemente la realización de la coalición entre el FSLN y la burguesía opositora. Los intentos revolucionarios socialistas se encuentran de antemano con dificultades mucho mayores si las redistribuciones proyectadas sólo se pueden realizar a expensas de los grupos burgueses.

(9) En el momento de mayor despliegue, se dice que llegó a contar con 2.000 a 3.000 combatientes activos. K. Lindenberg 1968: 289. La exposición que sigue se basa, sobre todo, en un artículo de Lindenberg y en los capítulos pertinentes de los trabajos de R.L. Lamberg 1971 y F.R. Allemann 1973. Véase también S. Ellner 1980.

(10) Bajo el sucesor de Betancourt, R. Leoni, al intensificarse la expansión económica, se hizo más delicada la situación de la guerrilla. Leoni amplió la coalición que le servía de base política y, a fines de su presidencia,

puso en libertad a 350 presos políticos. R.F. Lamberg 1971: 79, 84. (11) Con ésto no pretendemos que la guerrilla urbana, que es la forma característica de la lucha subversiva en los Estados altamente urbanizados e industrializados, no signifique un serio desafío para los gobiernos afectados. Pero, personalmente, no conozco ningún caso en que haya logrado realizar su propósito, es decir, derrocar al régimen en cuestión.

(12) Los comentarios sobre la guerrilla argentina se basan en una investigación realizada por el autor del presente trabajo. Véase P. Waldmann 1978.

(13) Cuando hablamos aquí de “las capas medias”, dejamos de lado el hecho de que este conglomerado social, que constituye el 40% de la población argentina, se divide en numerosos subgrupos. Como en el caso de Venezuela, había pequeños grupos de personas, pertenecientes a las profesiones liberales, empleados e intelectuales, que acogieron favorablemente los objetivos social—revolucionarios de las asociaciones guerrilleras.

(14) Finalmente, tampoco los Tupamaros tuvieron éxito y fueron aniquilados bastante rápido aunque el Uruguay no sea un “Estado de territorio extenso”. Las condiciones necesarias para el éxito de la guerrilla que tiene que reunir el país en que se desenvuelva y que acabamos de mencionar: pequeño, subdesarrollado y dependiente, tienen que presentarse juntas y no sueltas. El Uruguay tiene una superficie reducida pero, por su topografía, es poco adecuado para la guerrilla rural y, además, está relativamente desarrollado.

(15) Al hacer esta afirmación, nos referimos, sobre todo, a la revolución cubana de 1958—59 que fue realizada con poca participación de las masas populares. El hecho de que tuviera éxito a pesar de ello, se debe a que el régimen de Batista ya estaba tan venido abajo que bastó una pequeña sacudida para que cayera en pedazos. Como, después del triunfo de los guerrilleros cubanos y, recientemente, del de los nicaragüenses, la mayor parte de los regímenes se han armado y organizado militarmente lo mejor posible para el caso de que surja un movimiento armado subversivo, hoy día sería mucho más difícil, casi imposible, quebrantar estructuras de poder existentes sin el amplio apoyo de la población. Las otras cuatro condiciones se dieron en el caso cubano, aunque sólo fuera rudimentariamente. Véase R.F. Lamberg 1971: 12 ys.; B. Gldenberg y K. Eber 1969.

(16) En el peor de los casos, que es el más frecuente, sus atentados provocan un contraterrorismo mucho más vasto e intenso, del cual resultan víctimas no sólo ellos, sino también una gran cantidad de inocentes. P. Waldman 1982: 124.

(17) En los siguientes puntos caracterizaremos, de manera esquemática, la guerrilla de fines de la década del 70 y principios de la del 80. Las diferencias que tienen con los movimientos subversivos anteriores son, en parte, menos pronunciadas de lo que se podría suponer al leer nuestra exposición. Por ejemplo, como ya hemos indicado, los guerrilleros argentinos y los venezolanos anticipaban no pocos de estos rasgos. Lo expuesto en este capítulo se basa, sobre todo, en los artículos e informaciones publicados en “Latin America — Weekly Report” y en el diario “Neue Züricher Zeitung”, así como en documentación puesta amablemente a mi disposición por Klaus Lindenberg y Wolf Grabendorff. Aprovecho la ocasión para agradecer a ambos la ayuda prestada.

(18) Decimos, deliberadamente, que se trata de un conflicto "rayano en guerra civil" para poner en claro que sólo una mínima parte de la población participa activamente en él, mientras que la gran masa asiste como espectador pasivo y atemorizado. Las verdaderas guerras civiles (la mejicana y la española, por ejemplo) están ligadas a la movilización político-militar de las masas.

(19) Además de las fuentes de documentación mencionadas en (17), han resultado muy útiles para este capítulo R.M. Mc Donald 1979, J. Martín-Baró 1981, W. Bernecker 1982 y V. Sieglin 1983.

(20) Los escuadrones de la muerte provenientes de extrema derecha son un enemigo serio para las organizaciones guerrilleras. Primero, porque el terrorismo practicado por aquéllos paraliza la iniciativa política de la población y, segundo, porque, como no se los puede localizar ni apresar, es difícil combatirlos.

(21) V. Walter 1969 ha demostrado que el terrorismo ejercido por la conducción política puede ser expresión de estabilidad política, es decir que de él no se puede inferir que estén debilitados los que tienen el poder.

BIBLIOGRAFIA

- Allemann, Fritz René: *Macht und Ohnmacht der Guerilla*, Munich 1974.
- Anderson, Charles W.: *Toward a Theory of Latin American Politics*, en: Snow, Peter G. (Comp.): *Government and Politics in Latin America*, Nueva York 1967.
- Anderson, Thomas A.: *Politics in Central America*, Nueva York 1982.
- Bernecker, Walter: *Artikel "El Salvador"*, en: Waldmann, Peter (Comp.): *Politisches Lexikon Lateinamerika*, 2a. ed., Munich. 1982, págs. 119-132.
- Bieber, Horst: *Nicaragua nach dem Sturz Somozas*, *Lateinamerika Berichte*, 4 Jg. 25 (Sept. Oct. 1979) págs. 16-25.
- Booth, John A.: *A Guatemalan Nightmare: Levels of Political violence 1966-1972*, en: *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 22, 1980, No. 2, págs. 195-225.
- Boris, Dieter: *Nicaragua*, en: I d. y Rausch, Renate (Comps.): *Zentra amerika*, Colonia 1983, págs. 249-345.
- Boris, Dieter y Rausch, Renate (Comps.): *Zentralamerika*, Colonia 1983.
- Bye, Vegard: *The Success of the Nicaraguan Revolution: Why and How?* en: *Ibero Americana. Nordic Journal of Latin American Studies*, Vol. XI, 1-2, 1982, págs. 3-16.
- Castillo, Donald: *Welche Faktoren haben den Erfolg der Revolution in Nicaragua möglich gemacht? Ponencia para un simposio organizado por la Fundación Frierich Ebert del 9 al 11 III 1981.*
- Delich, Francisco J.: *Crisis y Protesta Social*, Córdoba 1969-1973, 2a. ed. Buenos Aires 1974.
- Eckstein, Harry: *On the Etiology of Internal Wars en: Feierabend, Ivo y otros (Comps.) Anger, Violence and Politics*, New Jersey 1972, págs. 9-30.
- Ellner, Steve: *Political Party Dynamics in Venezuela and the Outbreak of Guerrilla Warfare*, en: *Inter American Economic Affairs*, Vol. XXXIV, 1980, No. 2, págs. 3-24.
- Evers, Tilman Tönnies: *Militärregierung in Argentinien*, Hamburgo 1972.
- Flores Pascal, Mario: *Violencia estructural, proceso revolucionario y golpe de estado en El Salvador*, en: *Ciencias Sociales*, No. 7, Junio 1980, págs. 179-195.
- Goldenberg, Boris: *The Cuban Revolution and Lahn America*. 2. print. Nueva York 1966.
- Grabendorff, Wolf: *Konstanten der Lateinamerikapolitik der USA*, in: Lindenberg, Klaus (Comp.): *Politik in Lateinamerika*, Hannover 1971, págs. 160-175.
- Gravendorff, Wolf: *Die Reagan-Administration und Lateinamerika*, Ebenhausen 1982.
- Gravendorff, Wolf: *Mittelamerika als internationale Krisenregion*, en: *Europa Archiv* Vol. 37, No. 8, Abril 1982, págs. 247-258.
- James, Daniel: *The Peronist Left, 1955-1975*, en: *Journal of Latin American Studies*, Vol. 8, 2 nov. 1976, págs. 273-296.
- Jung, Harald: *Nicaragua: Bereicherungsdiktatur und Volksaufstand*, Francfort 1980.

- Lamberg, Robert F.: Die castristische Guerilla in Lateinamerika, Vierteljahresberichte, Sonderheft 7, Hanóver 1971.
- Latin America Bureau: Nicaragua. Dictatorship and Revolution, Londres 1979.
- Le Bot, Ivon: Paysannerie indienne et Mouvement social au Guatemala, en: Cahiers des Amériques Latines, 1979, pags. 185–195.
- Le Bot, Ivon: Luttes Sociales sur Horizon de Guerre, en: Problème d'Amérique Latin, Documentation Francaise, No. 67, 1983.
- Leo Grande, William M.: The Revolution in Nicaragua: Another Cuba?, en: Foreign Affairs, Fall 1979, pags 28–50.
- Lindenberg, Klaus: Zur Krise der revolutionären Linken in Lateinamerika: Das Beispiel Venezuela, en: Vierteljahresberichte No. 33, Sept. 1968, pags. 281–306.
- Mao Tse–Tung: Theorie des Guerilla–Krieges (mit einer Einleitung von Sebastian Haffner), Hamburgo 1974.
- Martín–Baró, Ignacio: La guerra civil en El Salvador, en: Estudios Centroamericanos, Jg. 36 (1981), No. 387&388, pags. 17–32.
- Mc Donald, Ronald H.: El Salvador: The high cost of growth, en: Wiarda, J. Howard u Kline Havey F. (Comps.): Latin American Politics and Development, Dallas 1979, pags. 389–398.
- Michels, Robert: Zur Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie, Leipzig 1910.
- Millet, Richard: Guardians of the Dynasty: A History of the US created Guardia Nacional de Nicaragua and the Somoza Family, Maryknoll 1977.
- Nohlen, Dieter u. Nuscheler, Franz: Handbuch der Dritten Welt, Bd. 3, 2a. ed. Hamburgo 1982.
- Ortega, Humberto, Interview, durchgeführt von Marta Harnecker, Costa Rica 1980.
- Payeres, Mario: Los días de la Selva, La Habana 1980.
- Plant, Roger: Guatemala: Unnatural Disaster, Londres 1978.
- Polo–Cheva, Demetrio y Sübdorf, Erich: Nicaragua: die historixchen Bedingungen einer demokratischen Revolution, en: Lateinamerika Analysen und Berichte 4, Berlin 1980, pags. 15–42.
- Premo, Daniel L.: Political Assassination in Guatemala: A Case of Institutionalized Terror, en: Journal of Interamerican Studies and World Affairs, Vol. 23, No. 4 (1981), pags. 429–458.
- Rouquié, Alain: Pouvoir Militaire en Republique Argentine, Paris 1978.
- Sieglin, Veronika: El Salvador, en: Boris, Dieter y Rausch Renate (Comps.): Zentralamerika, Colonia 1983, pags. 129–192.
- Stoltz, Norma: La minoría que es una Mayoría: Los Indios de Guatemala, en: Jonas, Susanne y Tobis, David: Guatemala: Una Historia inmediata, Méjico 1976, pags. 53–79.
- Thesing, Josef: Zentralamerika im Umbruch, en: Aus Politik u. Zeitgeschichte, Beilage zur Wochenzeitschrift das Parlament, B 46/82, pags. 3–20.
- Torres–Rivas, Edelberto: Vié et mort au Guatemala: Réflexions sur la crise et la violence politique, en: Amérique Latine (1980), pags. 5–18.
- Van Eeuwen, D.: Du Somozisme au Sandinisme, en: Cultures et développement, Vol XII, 3–4, 1980, pags. 507–537.
- Waldmann, Peter: Der Peronismus 1943–1955, Hamburgo 1974.
- Waldmann, Peter: Strategien politischer Gewalt, Stuttgart 1977.
- Waldmann, Peter: Ursachen der Guerilla in Argentinien, en: Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas, Bd. 15, 1978, pags. 295–348.
- Waldmann, Peter: Ursachen der Guerilla in Argentinien, en: Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas, Bd. 15, 1978, pags. 295–348.

- Waldmann, Peter (Comp.): *Politisches Lexikon Lateinamerika*, 2 ed., Munich 1982.
- Waldmann, Peter: *Vergleichende Bemerkungen zu den Guerrilla Bewegungen in Argentinien, Guatemala, Nicaragua und Uruguay*; Lindenberg, Klaus (Comp.): *Lateinamerika. Herrschaft, Gewalt und internationale Abhängigkeit*, Bonn 1982, pags. 103–124.
- Walter, E. Victor: *Terror and Resistance. A Study of Political Violence with Case Studies of some Primitive African Communities*, Nueva York 1969.
- Walker, Thomas, W.: *Nicaragua: The Somoza family regime*, en: Wiarda, Howard J. y Kline, Harvey F. (Comps.): *Latin American Politics and Development*, Boston 1979, pags. 316–331.
- Weaver, Jerry L.: *Guatemala: The politics of a frustrated revolution*, en: Wiarda, J. Howard y Kline, Harvey F. (Comps.): *Latin American Politics and Development*, Dallas 1979, pags. 332–345.